

Capítulo 1

EL SUICIDIO DE LA ECONOMÍA DE MERCADO

Plaza Sintagma. Es una mañana fría de primavera de 2012 y faltan pocos minutos para dar las nueve. La marea de taxis amarillos vacíos que da vueltas parece una riada que choca con fuerza contra una roca y se bifurca. Parte de ella sigue por la izquierda encauzada por el perímetro del Parlamento, lo rodea y regresa a la parada del punto de partida; la otra bordea despacio la plaza y acaba en la misma fila. De vacío. Los clientes son una rara mercancía en esta época de austeridad; ya hace casi dos años que muy pocos atenienses pueden permitirse un viaje en taxi, y los escasos y afortunados automovilistas recogen sobre todo a algún que otro turista.

Por las aceras, los funcionarios estatales que aún conservan un puesto en los ministerios de la zona caminan apresurados, con la vista baja para no cruzar la mirada con los mendigos, en su mayoría, ancianos y solos, que la crisis del euro ha obligado a vivir de limosnas. Todos temen reconocer entre esos desgraciados a algún conocido, un vecino o un pariente. La pobreza es como la peste: contagiosa.

Al volante de su taxi, Marilena, ex profesora de sociología de BUP, repasa la recaudación de la tarde anterior: trabajando doce horas, se lleva a casa entre 25 y 30 euros netos al día, pero si es capaz de aguantar al volante dieciocho horas, quizá llegue a 60, lo suficiente para compensar la pérdida del magro salario de su marido, albañil, que ha sido despedido hace unos días. No muy lejos, Yannis, un cuarentón licenciado en Derecho y empleado en el ministerio de Desarrollo, se prepara para afrontar otra jornada en medio de escritorios vacíos de sus ex compañeros, con la esperanza de que no le llegue la carta de despido. Ha conservado el empleo con un sueldo recortado en un 60 %, pero no se hace ilusiones: tarde o temprano también él acabará en las filas del ejército de parados, y tendrá entonces que decidir si emigra o si

vuelve al pueblo de sus padres a trabajar la tierra. Nicky, pensionista de más de 70 años, ex maquinista, con barba blanca y pelo largo hasta los hombros, revuelve en un cubo de basura cerca de la entrada del metro. Los recortes de austeridad le han reducido la pensión a 150 euros al mes y no le llega para vivir. Mientras hurga en los desperdicios alza la mirada y la dirige a la fachada rosada del Parlamento. Si al final de la guerra civil hubiese enterrado el fusil —piensa— en vez de entregarlo a las autoridades, hoy al menos podría tomarse la justicia por su mano contra los políticos que le condenan al hambre.¹

De pronto, un grito y un disparo congelan un instante el movimiento de la plaza. Los taxis frenan, los peatones se detienen. Acto seguido se desencadena el pánico y todos tratan a la vez de averiguar de dónde partieron los estampidos y de alejarse del peligro.

En el suelo, junto a la entrada al metro, yace el cadáver de un jubilado de 70 años, ex farmacéutico: Dimitris Christoulas, que se ha pegado un tiro bajo el árbol que estos meses pasados ha sido una especie de piedra miliar del movimiento popular de protesta contra la política de austeridad. Se ha matado para no acabar mendigando como Nicky y para no convertirse en una carga para su único hijo, tal como deja escrito en una carta de despedida que guardaba en el bolsillo. No es su cadáver el primero ni el último que se recoge en esta plaza, convertida hoy en teatro de la moderna tragedia griega.

La violencia contra uno mismo o la violencia gratuita contra desconocidos, como son esas matanzas de inocentes en público, es una inquietante válvula de escape de las víctimas de la gran recesión, de la prolongada crisis económica que atenaza no solo al viejo continente, sino también al nuevo. En Nueva York, a finales de agosto de 2012, un parado mayor de 50 años, Jeffrey Johnson, disparó a sangre fría contra un ex colega, matándolo en el acto, una tragedia en pleno centro urbano a pocos pasos del edificio Empire State. En el intercambio de disparos que siguió resultaron heridas otras diez personas antes de que la policía liquidase a Johnson. ¿Qué esconden estos actos? ¿Una enfermedad psíquica, circunstancias existenciales particulares? Todo lo contrario. Es una historia tristemente corriente: a Johnson le habían despedido por reducción de personal a causa de la recesión y cayó en la depresión, vocablo que aúna psicología y economía, y no por azar.

Un hilo invisible de rabia, frustración, desesperación y venganza une a Johnson que dispara, a Nicky que sueña con hacerlo y a Dimitris que apunta el arma contra sí mismo. Ese hilo tiene el color del rechazo a una sociedad a la que se considera injusta. El ex farmacéutico griego, en su testamento espiritual afirma: «Estoy seguro de que los jóvenes sin futuro cogerán algún día el fusil y colgarán a los traidores a la patria en la plaza Sintagma como hicieron los italianos con Mussolini en 1945».² ¿Es este realmente el futuro con que sueñan los ciudadanos de la periferia de Eurolandia? ¿Una amarillenta tarjeta postal de finales de la Segunda Guerra Mundial?

«Estamos en guerra», declaró el primer ministro italiano Mario Monti a principios de verano en 2012, para justificar los recortes y sacrificios impuestos por su Gobierno. Para quien lo recuerde, bastaría esta frase para declarar el fracaso del primer objetivo de la aventura europea, la integración de las grandes economías, la francesa y la alemana, principalmente: evitar más conflictos bélicos. Entonces, ¿de qué habla Monti? ¿Contra quién luchan los italianos? Evidentemente, se guarda muy mucho de especificarlo, porque ni él mismo lo sabe. Se trata de una lucha atípica desconocida para los europeos, en la que las víctimas se suicidan o son objeto de la violencia casual de desesperados. Es un conflicto desestructurado contra un enemigo invisible.

¿SE PAGA CON SANGRE EL LIBRE MERCADO?

Los economistas Steven D. Levitt y Stephen J. Dubner, en su superventas *Freakonomics*, han ilustrado para el gran público lo que historiadores y criminólogos sostienen hace tiempo en privado en los congresos académicos: que hace al menos veinte años que los occidentales vivimos en sociedades más pacíficas y tranquilas gracias a las condiciones económicas en que nos desenvolvemos y a pesar de las fases difíciles del mercado.³ Pese a ello, ni siquiera durante la ocupación nazi de Europa, el período más tenebroso de la historia contemporánea, el índice de suicidios ha sido tan elevado como ahora.

En realidad, no hay ninguna relación directa entre el gesto antinatural de quitarse la vida y las tragedias bélicas, de igual modo que no

existe un vínculo simple y unilateral entre la pobreza causada por la recesión y la violencia contra los demás o contra uno mismo. La peligrosa relación entre psique humana y economía es más compleja, y el punto de ruptura hay que buscarlo en otra parte, en la aterradora concomitancia entre desempleo, bancarrota y suicidio.

Según un estudio dirigido por el Centro de Control y Prevención de Enfermedades estadounidense, en los últimos cien años la tasa de suicidios en Estados Unidos ha seguido un curso directamente relacionado con los ciclos económicos. Aumentó a principios de la Gran Depresión y alcanzó un primer pico en 1933, disminuyó durante la Segunda Guerra Mundial y volvió a aumentar en los años setenta con las dos primeras crisis del petróleo, y a principios de los años ochenta. Se corresponde con los períodos de mayor aumento del índice de desempleo y de quiebras.⁴ También en Asia, durante la crisis de los mercados, a caballo entre 1997 y 1998, los suicidios de varones aumentaron un 39 % en Japón, un 44 % en Hong Kong y un 45 % en Corea del Sur. Significativamente, en Taiwán y en Singapur, países en los que el modelo de mercado está muy condicionado por la intervención estatal, a pesar de que la crisis se hizo notar bastante, los índices de desempleo y de quiebra no aumentaron tanto, ni tampoco los suicidios.⁵ Por tanto, no hay que buscar en esas simples estrecheces económicas el motivo de la epidemia de gestos desesperados que está asolando la aldea global, sino en el concepto psicológico y económico de *quiebra* en el interior de una economía en la que quien falla lo paga con sangre.

No es difícil encontrar en la historia mundial de los últimos años casos similares en países que el feliz Occidente capitalista ha infectado de improviso con el morbo del suicidio. Omitamos las estadísticas relativas a la antigua Unión Soviética, donde los suicidios aumentaron desmedidamente a raíz de la implosión de la URSS y de la llegada de la economía de mercado, porque se podría refutar que estuvieron condicionados por el gigantesco trastorno político. Pero ¿qué se puede decir del aumento exponencial de suicidios en una economía emergente como la India? Entre 1995 y 2010, cuando arranca la aventura del libre mercado, se han quitado la vida en la India 250.000 campesinos, una media de uno al día. ¿Motivos? La repentina transición de una sociedad rural a otra industrial que provoca crisis económicas recurrentes,

pero sobre todo de un nuevo tipo, y el paso de un modelo social colectivista a otro individualista.

Cada vez que en la India se contrae la economía industrial, un sector de población urbana, el desempleado, regresa a la tierra; pero sin dinero ni experiencia en una economía muy competitiva, el nuevo campesino hindú difícilmente logra cancelar las deudas contraídas y quiebra. La solución al problema es suicidarse. Antes, cuando la economía era principalmente agraria y a la carta, el país era más pobre, el individuo vivía en una red familiar y social que actuaba de «colchón» contra la tentación de gestos extremos. En los Estados modernos en los que vivimos, por el contrario, el hombre se encuentra dentro de una construcción económica que determina al mismo tiempo los perfiles del ámbito social: la competencia le condena a verse siempre solo y en muchos aspectos a ser como un animal depredador constantemente a la caza. Pero quien falla pasa de ser depredador a convertirse en presa, y es posible que opte por dejar de correr.⁶

La soledad del individuo moderno ante el fracaso es una realidad muy bien ilustrada por Arthur Miller. En su drama *La muerte de un viajante* se percibe cómo la propia economía de mercado programa en el subconsciente del *homo economicus* la opción del suicidio como última solución a la bancarrota personal. El protagonista, Willy Loman, de 63 años, está desesperado. Ha perdido el trabajo y la esperanza de que su hijo se convierta en un hombre de negocios; ha fracasado como individuo y como padre. Pero guarda un último as en la manga: su seguro de vida. La póliza permitirá que cambie su destino. Con el suicidio sale triunfante de una situación sin salida al poner a disposición del hijo el capital necesario para iniciar una actividad empresarial. Paradójicamente, Willy, con el gesto de quitarse la vida la rescata al mismo tiempo. Y también paradójicamente confirma y alimenta el sistema capitalista puesto que Loman, en lugar de huir del mecanismo fatal, se autoinmola.

¿Tiene razón Arthur Miller? ¿Puede la vida convertirse en mercancía de intercambio más preciosa que ninguna otra, sin dejar de ser una mercancía? Marx diría que sí. Por algo Marx hablaba de «alienación», porque de ser cierto, no vivimos en un sistema a la medida del hombre, sino en una selva mucho más complicada que la descrita por el filósofo Thomas Hobbes. Una selva en la que el campesino hindú se comporta

como el viajante de comercio americano, porque se encuentra frente al mismo abismo, el del fracaso.

Si Miller tiene razón, y si la opción del suicidio forma parte del condicionamiento psicológico del sistema de mercado, entonces la caída del muro de Berlín es el triunfo del comunismo, y Occidente ha exportado a la naciente aldea global, junto con la «libertad» económica, la posibilidad epidémica de un acto antinatural como es el de quitarse la vida por motivos económicos. Y este horripilante equipaje existencial que nos ha proporcionado la globalización nos ayuda a entender por qué en Europa, en respuesta a la austeridad —al menos por ahora—, se mata en vez de tomar el camino de la contestación popular o de su degeneración sin más: la violencia política.

EL DOGAL

El factor clave de la relación entre Gran Recesión y suicidio es un indicador económico llamado «desempleo prolongado». Lo explican en un estudio Timothy J. Classen de la Loyola University de Chicago y Richard A. Dunn de la A&M de Texas: la primera oleada de suicidios se produjo en concomitancia con los despidos, y las víctimas son un número relativamente reducido de «Willy Loman», quienes se consideran fracasados y están seguros de que no encontrarán otro trabajo. Mientras que la segunda oleada coincide con la reducción de subsidios de desempleo y es la más impresionante. «De 4.000 hombres despedidos, uno se suicidará en el plazo de un mes y otro en los seis meses siguientes —asegura el estudio—. Pero dado que de esos 4.000, al menos 1.000 o 2.000 habrán entre tanto encontrado empleo, la proporción de suicidios al disminuir los subsidios es mucho más alta. Sobre la opción de quitarse la vida pesa más el paro de larga duración y la pérdida de protección contra el mismo que el simple despido».⁷ El motivo es sencillo: la disminución del subsidio es una dolorosa confirmación del propio fracaso, y a ello se une la disminución de los medios de subsistencia a que se aferraban.

Con estas premisas, no es de extrañar que hoy en día los países sujetos a mayor riesgo sean aquellos en los que es más alto el paro de larga duración; es decir, países de la periferia de la Unión Europea: Por-

tugal, Irlanda, España, Italia y Grecia. Pero según la OCDE es sobre todo en los dos últimos donde entre 2011 y 2012 ha subido exponencialmente el número de personas que han decidido quitarse la vida.⁸

A la cabeza de este macabro *hit parade* se sitúa Grecia, donde la economía ha entrado en caída libre desde 2008. Hasta 2007, era uno de los países de Europa con menor índice de suicidios, apenas 300 al año.⁹ Entre el verano de 2010 y el de 2012, 2.500 personas se han quitado la vida. En junio de 2012, poco después de las segundas elecciones que confirmaron la política de austeridad y que provocaron más despidos en el sector público y privado, solo en la capital 400 personas intentaron suicidarse, y lo lograron 50. Los muertos son sobre todo los pobres y los más viejos, es decir, jubilados mayores de 65 años a quienes el Estado ha reducido la pensión a niveles incompatibles con la subsistencia. Sin embargo, pocos lo hacen en público, ahorcándose o disparándose como Dimitris Christoulas a una hora punta delante del Parlamento, y la mayoría opta por desaparecer calladamente como el personaje creado por Arthur Miller.¹⁰

Las víctimas de la Gran Recesión son más discretas y humildes que las de la Gran Depresión, y, además, en el actual empobrecimiento a cámara lenta que aflige a Occidente, no parece haber grandes dramas, sino que, por el contrario, abundan los pequeños desastres de tono modesto, casi en voz baja. Los cadáveres de los agentes de cambio no llueven ahora desde lo alto de los rascacielos de Wall Street al día siguiente del gran crac para estrellarse en el asfalto ante una multitud espantada y llena de horror. Quienes inflan las estadísticas contemporáneas de suicidios son los ciudadanos corrientes tan semejantes a ese vecino nuestro que ha perdido un empleo tan alejado del Olimpo de las finanzas, o que ha sufrido un recorte de su modesta pensión y que se quita la vida lejos de los focos del mundo para defender su propia dignidad.

Quienes mueren en Irlanda son sobre todo hombres de unos 36 años, el 40 % de los cuales —electricistas, fontaneros y albañiles— han sido despedidos de la industria de la construcción. Y es este el sector en el que el paro de larga duración es más alto desde que entre 2007 y 2009 explotó la burbuja inmobiliaria y el sueño del Tigre celta se hizo añicos. Ha bastado este cóctel para que el índice de suicidios de varones aumentase un 17 % en un plazo de apenas dos años.

En Italia, por el contrario, la epidemia se encarna en la pequeña y mediana empresa. Entre 2005 y 2010 han aumentado un 58 % las víctimas entre los numerosos pequeños y medianos empresarios que han quebrado por falta de pagos de la administración pública.¹¹ Según Marco Beltrandi, del Partido Radical, en la primavera de 2012 el monto de la deuda del Estado con el sector privado oscilaba entre 118.000 y 131.000 millones de euros; una especie de financiación a fondo perdido por parte del sector privado frente al público,¹² que, como sabemos, en muchos casos ha hecho un uso nada prudente de los recursos y que, mientras tanto, sancionando la política impuesta por Bruselas, demora los ya bíblicos plazos de pago.¹³ A este respecto, la región más afectada es el Véneto, ex motor económico en los años noventa,¹⁴ mientras que en España, es Cataluña, también el primer motor de la economía nacional.

En Chipre, al menos, los acreedores del Estado llevaron a juicio al Gobierno, enviaron agentes judiciales a confiscarle bienes, y han podido embargar y vender en subasta, por ejemplo, varios automóviles azules, símbolo del poder constituido.¹⁵ En Italia, por el contrario, con el telón de fondo de los escándalos administrativos que a finales de 2012 han conmocionado al país, como el de la región del Lazio (donde un administrador robó al Estado más de millón y medio de euros), los retrasos de pagos a pequeñas y medianas empresas por servicios prestados son espeluznantes y suscitan justa indignación entre la población. Pero, sin embargo, la indignación no se traduce en acción política, sino más bien en una actitud destructiva genérica hacia las instituciones o hacia uno mismo.

De momento, cabe señalar que más que de «cinturón del ajo» —como motejan los alemanes al sur de Europa—, deberíamos hablar de «dogal de los suicidios», pues la austeridad no es más que una soga que Bruselas le ha pasado por el cuello a la población de los países de la periferia de Eurolandia. ¿Por quién muere toda esa gente? En tiempos de las grandes dictaduras del siglo xx la gente moría por la libertad, los derechos humanos, la justicia, la democracia, valores excelsos. Hoy se muere por deudas, por pagar los atrasos de abono al *country club* de la moneda común europea y por mantener los gastos de un Estado en quiebra. ¿Es justo todo esto? Lo descubriremos más adelante en los capítulos dedicados a la deuda pública italiana. De momento, nos centraremos en las consecuencias de la gran austeridad occidental, empezando por Italia.

Capítulo 2

LA UNIÓN EUROPEA SE DEVORA A SÍ MISMA

Europa está otra vez en guerra aunque muchos aún no se hayan dado cuenta. Y lo que está en juego es el futuro de todos nosotros. *Salvar Eurolandia* parece el título de una película de Walt Disney, pero para muchos ciudadanos es una película de terror de la que son protagonistas.

Como hemos visto, la batalla que estamos librando es atípica y asimétrica. Atípica porque no se disparan tiros sino es contra uno mismo, y asimétrica porque no es de recibo que a los 17 países miembros les convenga en igual medida defender a ultranza la moneda única. Para algunos, el euro representa y representará una ventaja económica mayor que para otros, y no cabe duda de que entre los primeros está Alemania; y entre los segundos, los países de la periferia. Quien lo reconoce sostiene, además, que Eurolandia, por continuar con la metáfora fantástica, ha caído en manos de la bruja malvada, la señora Merkel. Pero, por atractiva que sea esta explicación, resulta demasiado simplista.

La crisis de la deuda soberana no es más que el último de una larga serie de períodos críticos que desde mediados de los años setenta afligen al capitalismo occidental. En su raíz está el pésimo funcionamiento de un sistema económico que se mantiene en pie desde hace más de tres siglos y que ha ido conquistando el mundo. Hoy el modelo está en crisis porque las premisas sobre las que se asentaba, colonización y guerra, se han desmoronado, al menos en su forma primitiva. Y, por una especie de venganza de la historia, en los últimos años, somos los europeos quienes vivimos la colonización en nuestra propia casa.

JUGANDO A «EL AS SE LO LLEVA TODO» CON EL NORTE

En los años noventa, mientras Occidente celebraba el triunfo de la Guerra Fría, en Alemania se trabajaba enérgicamente por la reconstrucción del país. A los pocos meses, el resultado de la reunificación era un ingente drenaje de recursos desde la Alemania occidental en dirección a la oriental, y Berlín se encontraba en graves dificultades económicas como consecuencia del déficit de la balanza de pagos, que diez años más tarde, en vísperas de la entrada en vigor del euro, alcanzaba aún 126.000 millones de dólares.

La situación era distinta en Italia y Francia, países cuyas economías mostraban mayor tendencia exportadora que la alemana. Entre 1989 y 2001, Italia disponía de una reserva de 56.600 millones de dólares, y Francia, de un saldo activo de 191.500 millones de dólares.¹ Diez años después, en 2011, la situación daba un vuelco: la balanza comercial de las economías mediterráneas acusaba un déficit global de 52.000 millones de euros, mientras que la economía alemana contaba con reservas de 131.000 millones.² ¿Qué había ocurrido?

Había llegado el euro.

La moneda única presenta una serie de indudables ventajas, por ejemplo la anulación de los costes de cambio para los países que la han adoptado. Pero son Alemania y el resto de los países ricos de Europa quienes se han beneficiado plenamente. El euro les ha dado una moneda más débil que sus propias monedas nacionales, un fenómeno que en términos comerciales se ha traducido en mayor competitividad. Mientras que a nosotros, las economías pobres de la cuenca mediterránea, nos ha traído exactamente lo contrario: una moneda más fuerte.

Era muy distinta la situación cuando existían las divisas europeas.³ Se habla mucho, quizá demasiado, del hecho de que el euro impide recurrir a la práctica de la devaluación, un recurso del que la periferia de Eurolandia se ha servido ampliamente durante décadas y a veces en exceso; un recurso que los políticos que han dirigido la cruzada pro euro presentaron como aberrante. Pero ninguno de ellos muestra nunca la otra cara de la moneda para señalar que el euro ha bloqueado el proceso de apreciación de las monedas antaño denominadas fuertes, entre ellas el marco alemán y el florín holandés. Antes, el mecanismo

de la devaluación servía, al menos en parte, para nivelar los desequilibrios comerciales entre centro y periferia, reduciendo los diferenciales de competitividad. Al anularse este mecanismo, los países mediterráneos quedan en una posición de desventaja neta.

A finales de los años noventa, economías como la alemana, tradicionalmente exportadoras, pero con un gran déficit de la balanza de pagos, necesitaban una moneda débil, un as en la manga para competir con el gigante asiático. Lo mismo puede decirse de la italiana y la francesa, pero, debido al euro, no solo se han encontrado con una moneda más fuerte, sino que han visto que sus economías entraban en competencia directa con Alemania y con los pujantes países del norte. De hecho, la moneda única europea ha hecho más competitivo en todo el mundo el *Made in Germany* y sobre todo en Eurolandia, que es desde siempre el mercado de salida primario de todos los países de la Unión Europea. Y lo ha hecho precisamente bloqueando el mecanismo de la revaluación y la devaluación de la moneda y creando una nueva distribución del trabajo en el interior de la Unión favorable a las economías fuertes. Como veremos, son exactamente los mecanismos de hegemonía e independencia que se dan en el proceso clásico de colonización.

La competición comercial que hace más de diez años que se entabla en el viejo continente asume así las características del juego: el «as se lo lleva todo». Y la partida se juega con las mejores cartas en manos de los países ricos del norte y con las malas en manos de los países de la periferia. Para entender el malestar de Eurolandia, hay que analizar los movimientos con los que hasta ahora se ha jugado esta partida.

LA CARCOMA DEL CRÉDITO

El primer corolario de la unión monetaria en la UE fue la redistribución del trabajo a favor del centro y en detrimento de la periferia. ¿Qué significa esto? Que Alemania y los países de economía fuerte, más avanzados también tecnológicamente, se especializaron en la producción de bienes de alto valor añadido que crean más riqueza, mientras que la periferia poco competitiva se convierte en terreno de meros consumidores y de productores de bienes de bajo valor añadido como son pro-

ductos agrícolas. En pocas palabras, es la diferencia que existe entre exportar maquinaria de alta tecnología y tomates en cajas.

Son elocuentes en la génesis de esta metamorfosis los flujos comerciales en el interior de la Unión: entre 1994 y 2010 la contribución de las exportaciones alemanas al PIB pasó de casi el 20 al 50 %, mientras que en Italia en el mismo período los valores se han mantenido casi estacionarios, pasando del 22 al 25 %. La misma evolución se observa en las exportaciones españolas y en las griegas.⁴ Alemania, como otros países del norte, se ha adjudicado cada vez tajadas más grandes y valiosas de la exportación europea. ¿El motivo? Una vez más, el euro.

Según nuestros políticos, el nacimiento de la moneda única ha sido ventajoso porque ha abierto a la periferia las puertas del mercado de capitales con tipos de interés mucho más bajos que antes dado que, como hemos visto, junto con la soberanía monetaria estos países han perdido la posibilidad de devaluar su moneda. Es cierto que los bancos del norte se han apresurado a ofrecer ingentes líneas de crédito. Entre 1997 y 2000, por ejemplo, las inversiones directas en Irlanda pasaron de menos de 2.000 millones a 24.000 millones de dólares, y dos años después alcanzaban los 30.000 millones. Lo mismo puede decirse del endeudamiento del Estado. Entre 1997 y 2007 el tanto por ciento de la deuda pública española e italiana en manos de bancos extranjeros llegó casi a duplicarse, pasando del 25 al 52 %.⁵

¿Quién ha salido ganando realmente?

Nadie puede negar que para los grandes bancos europeos la llegada del euro ha sido una auténtica bicoca: ha anulado el riesgo del cambio de divisas y ha abierto mercados nuevos de salida vírgenes, los de la periferia, en un momento en que las tasas mundiales de interés habían comenzado a bajar debido al 11 de septiembre. Eso explica la aparición en nuestra propia casa de sucursales de bancos extranjeros que han entrado en competencia con los locales, muchos de los cuales se han visto obligados a fusionarse con los gigantes nacionales.

En poco tiempo, el crédito se ha convertido en un negocio multimillonario, un bien a la venta, reestructurado gracias a los derivados, y vendido en el mercado secundario con ganancias aseguradas, dado que al menos entre 2001 y 2003 los tipos mundiales de interés caían en picado. La banca establecía préstamos al 5 o 6 % que le costaban, pon-

gamos, un 2 %, y a los pocos meses los refinanciaba con una tasa de interés del 1,5 % y se embolsaba la diferencia. El mismo razonamiento era aplicable a todos los instrumentos de crédito. Si todo esto se multiplica por la población y la deuda en Eurolandia, se obtienen cifras de vértigo.

Naturalmente, préstamos fáciles a tipos de interés accesibles y demanda prácticamente ilimitada por las obligaciones del Estado y de sociedades animaron a la gente a endeudarse y a comprar, por ejemplo, viviendas que no podían permitirse. En consecuencia, la demanda inmobiliaria se infló y provocó un aumento de precios. Lo mismo puede decirse de todos los productos, incluida la deuda pública. La italiana, tras disminuir en la segunda mitad de la década de 1990 para ajustarse a los parámetros impuestos para el ingreso en el euro, ha comenzado a aumentar a ritmo constante porque costaba poco financiarla.

Ni que decir tiene que el coste de la vida ha aumentado y con él el del trabajo. Traducido en términos sencillos: inflación, dado que desde su ingreso en el euro, países como Italia y sus vecinos crecían muy poco o nada. Mientras, en Alemania sucedía todo lo contrario; de hecho, entre 1999 y 2012 han disminuido los costes laborales respecto a los países de la periferia. En este período el tipo de cambio real efectivo, calculado sobre la base de costes unitarios reales de trabajo, ha aumentado menos en Alemania que en los países meridionales de la eurozona, la periferia, donde a finales de 2011 superaba en un 30 % al de Alemania.⁶

¿Cómo se explica esta anomalía? Por un lado, Alemania no se ha endeudado para consumir más, sino que ha hecho grandes sacrificios para reunificar el país, invirtiendo en la economía real. Por otro, como hemos dicho, el euro ha impedido la aplicación del mecanismo de revaluación del marco.⁷ Bastaría esto para explicar por qué a partir del año 2000 el *Made in Germany* arrasa en el mercado de exportación europeo hasta el extremo de desintegrar la industria manufacturera griega, anteriormente floreciente.

La ecuación económica de Eurolandia es la siguiente: cuanto más te endeudas, con escaso crecimiento y competitividad, más te endeudas con los países más ricos. Exactamente lo contrario al sueño primigenio de una Europa unida. El resultado es el inevitable estallido de la

crisis del crédito que se produce cuando la deuda ha alcanzado dimensiones inviables. El 31 de diciembre de 2010, los países de la periferia debían solo a los grandes bancos alemanes y franceses casi 500.000 millones de euros, de los que el 17 % eran títulos del Estado.⁸

¿Dónde ha ido a parar todo ese dinero?

Esa enorme suma de dinero habría debido servir, según lo previsto en los acuerdos de Maastricht, para conseguir la convergencia de las economías pobres con las de los países ricos del norte de Europa. Pero evidentemente no ha sido así. ¿De quién es la culpa? ¿De la corrupción e incompetencia de los diversos países? Desde luego, pero también de quien ha construido el andamiaje del euro. Si hubieran estado al frente del proceso personas de probada competencia y honradez —en esos países y en Bruselas—, la teoría económica nos enseña que ni Tom Cruise hubiera sido capaz de llevar a cabo esa *misión imposible*.⁹ Desgraciadamente, se trata de un defecto de fabricación: es la propia construcción de la moneda única, que llegó demasiado pronto debido a la caída del muro de Berlín.

UNA MONEDA NACIDA PREMATURAMENTE

Según el proyecto primitivo, el euro no habría debido entrar en vigor hasta que se hubiera alcanzado un alto nivel de convergencia entre las economías de la Unión, como epílogo a un proceso de integración que todo el mundo preveía muy largo. Según algunos, este trámite político nunca se habría cerrado. Pero Margaret Thatcher y François Mitterrand no estaban dispuestos a permitir que Helmut Kohl reunificase las dos Alemanias sobre los escombros del muro de Berlín sin intervenir de algún modo. Y la unión monetaria a marchas forzadas se convirtió en la condición sine qua non de la reunificación, una especie de camisa de fuerza para vincular estrechamente a Berlín con los países vecinos y sofocar así posibles veleidades futuras de Alemania como superpotencia. A la luz de la historia contemporánea, el error resulta manifiesto. Hoy quien gestiona el euro y de hecho dirige la Europa unida es Alemania.

Pero volvamos a la biografía de Eurolandia. Con el telón de fondo

de la disgregación del régimen comunista, los países miembros de la Unión quemaron etapas para crear el euro, y para ello tuvieron que reelaborar la doctrina económica dando un vuelco al paradigma monetario original: el euro se convirtió en instrumento de la convergencia en vez de ser el objetivo de la misma y ese ha sido el fallo de base que ha socavado toda la operación y el motivo de que la moneda única europea haya nacido económicamente mal. Porque el euro no es una auténtica divisa, sino una especie de peligrosa pócima mágica elaborada por Thatcher y Mitterrand en su papel de aprendices de brujo. Ya a mediados de la primera década de este siglo era evidente que el sistema no funcionaba y que el principal obstáculo para el éxito del euro era la escasa homogeneidad de las economías que lo habían adoptado. Muy al contrario de provocar la convergencia, la moneda única fomentaba la divergencia.

El ciclo económico alemán, en particular, se resintió por el hecho de que Alemania había «deslocalizado en casa», debido a lo cual en años sucesivos a la unificación se produjo en Alemania un proceso contrario al del resto de la Unión, que, por su parte, deslocalizó en Asia. En los años noventa, en efecto, el esfuerzo económico de la reunificación, en el que intervinieron fuerzas políticas y económicas, no solo mantuvo bajos los costes laborales respecto al resto de Eurolandia, sino también el coste de la vida. Basta comparar los precios de la vivienda en Alemania con los de Italia entre 2000 y 2011; los primeros permanecieron estables, mientras que los segundos aumentaron un 43 %.¹⁰ Volvemos a preguntarnos: ¿por qué? Y volvemos a contestar: por culpa del euro.

Con los préstamos concedidos por los bancos de los países más ricos, españoles, griegos e italianos compraron bienes de alto valor añadido producidos en el norte rico.¹¹ En otras palabras: los bancos de los países del norte financiaron su propia industria nacional prestando dinero a consumidores y Gobiernos del sur para importar, por ejemplo, el *Made in Germany*. Ahora, los deudores tienen que devolver a los bancos el crédito y los intereses, pero, entretanto, los primeros han consolidado su economía mientras que los segundos la han debilitado. Nuestros bancos han servido simplemente de cámara de compensación. Y así se cierra el círculo, o mejor dicho, el dogal de la deuda.

La economía no es una ciencia exacta, pero no se puede por eso dar un vuelco a todas las teorías con el propósito de conseguir un objetivo político. Este fracaso del euro es la prueba de ello. La teoría del Optimum Currency Area postula que cuando economías de distinta naturaleza deciden compartir la misma moneda, los países ricos se convierten en acreedores y productores netos y los países más pobres, en deudores y consumidores netos. Esto es precisamente causa y a la vez efecto de la colonización atribuible en cierto modo a la Unión económica y monetaria europea. Pero ¿es que Europa se ha colonizado ella sola? Es lo que trataremos de analizar en las páginas siguientes.

LA COLONIZACIÓN ES LA MADRE DEL CAPITALISMO

China y el sudeste asiático son hoy en día la fábrica del mundo. La de Europa es Alemania, pero no desde hace mucho. En el siglo XIX, gran parte del comercio internacional fluía a Inglaterra y allí era transformado en productos para la exportación. En 1880, las empresas británicas absorbían casi toda la producción mundial de algodón y el 35 % de la de la lana. Gran Bretaña importaba, además, la mitad de la carne y del trigo exportado en todo el mundo y, claro está, la inmensa mayoría de la producción de té.¹² Está claro que los ingleses, los escoceses y los irlandeses y los galeses no consumían ellos solos todos estos bienes de Dios; una buena parte se empleaba en la producción industrial de otros bienes de exportación. La industria chocolatera, por ejemplo, se surtía del azúcar que llegaba del Caribe y del cacao importado de África para producir bebidas y dulces de chocolate.¹³

Gracias a la revolución industrial, en pocas décadas, Gran Bretaña, cuyo único recurso era el carbón, se convirtió en epicentro de un mercado global alimentado por sus industrias. Es unánime la opinión de que al milagro económico británico contribuyeron la extraordinaria expansión del comercio exterior y el crecimiento demográfico del país, que aportó a las fábricas abundante mano de obra. Pero no son estos los únicos ingredientes clave del cóctel de capitalismo con el cual durante trescientos años todos quisieron embriagarse. Intervino también el colonialismo, que proporcionó a un país y a un continente relativa-

mente pobres en recursos una disponibilidad ilimitada de materias primas a precios ridículos. Sin su imperio colonial, ni Inglaterra ni Europa habrían podido industrializarse al ritmo que lo hicieron ni hacerse tan ricas, en detrimento de los propietarios de origen de aquellas mercancías.

Los teóricos del mercantilismo y el propio David Ricardo no habían previsto esta consecuencia: que el colonialismo alteraría la libre competencia con ventaja para los colonizadores. Ellos, al contrario, sostenían que el sistema internacional de intercambios llevaría a los diversos países a especializarse en productos más competitivos y a disfrutar de las ventajas de una revolución industrial semejante a la de Gran Bretaña. En realidad, el análisis de los flujos comerciales dentro del Imperio británico en aquella época nos descubre una marcada tendencia a la especialización: el algodón provenía de Estados Unidos; la lana, de Australia; los nitratos y el cobre, de Chile; el trigo y la carne, de Argentina; los lácteos, de Nueva Zelanda, etc. De Sudáfrica y de las colonias tropicales, por el contrario, llegaban mercancías de gran valor, desde diamantes y caucho hasta aceite de palma.¹⁴

A pesar de ello, desde el inicio de la aventura capitalista, Gran Bretaña crecía a un ritmo enloquecedor respecto a las colonias de las que procedían las materias primas. En 1820, los niveles de renta y productividad de Europa occidental eran el doble de los del resto del mundo. En 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, la renta media europea y estadounidense era seis veces superior a la del resto del planeta. Durante todo el siglo de la industrialización, la brecha de la riqueza no había hecho más que agrandarse.

Marx, como es sabido, atribuye esta disparidad sobre todo a la plusvalía que produce la fuerza de trabajo que se añade a la producción industrial. Pero no basta este análisis para justificar la magnitud de la desigualdad. Como factor clave aparece la creación de una economía internacional monopolista con epicentro en Gran Bretaña y en la Europa industrializada, una economía fortificada e inexpugnable, que mantiene subordinada a la economía de las colonias mediante instrumentos ad hoc como aranceles aduaneros o el coste de materias primas. Por ejemplo, el flete del trigo, o coste del transporte, de Liverpool a las Indias occidentales eran 35 chelines por tonelada, y el de Liver-

pool a Nueva York, 7 chelines y medio a pesar de que la distancia era casi la misma.¹⁵ Las colonias eran víctimas de políticas económicas pensadas expresamente para mantenerlas sojuzgadas.

Todo ello ocurría en el marco de un proceso de globalización que en muchos aspectos era precursor del actual. La colonización no solo configuró para el capital industrial de los países hegemónicos una aldea global en la que expandirse, sino que la integró como un elemento funcional respecto a las necesidades del centro, es decir, del incipiente capitalismo inglés y europeo. Tal como escribió John Stuart Mill, los intercambios entre Gran Bretaña y las Indias occidentales eran semejantes a los del comercio entre la ciudad y el campo, reflejaban una división concreta del trabajo, que en muchos aspectos era igual a la de la actual Europa unida. La economía de la periferia del Imperio era, en efecto, genuinamente agrícola y de explotación de los recursos, mientras que la de la Europa industrial era de alto valor añadido. A principios del siglo XIX, por ejemplo, Inglaterra importaba de las colonias la inmensa mayoría de mercancías alimentarias porque su población, en vez de trabajar la tierra, trabajaba en fábricas.

La desigualdad económica entre la periferia y el centro, esa vorágine que en el siglo XIX no cesaba de aumentar, dependía de ese tipo de división del trabajo. El centro se embolsaba gran parte de las ganancias del comercio internacional de entrada en forma de materias primas cuya propiedad estaba en manos del capital occidental, y les daba salida en forma de artículos manufacturados porque tenía bajo su control toda la cadena.¹⁶ La acumulación de capital, que habría podido servir para invertir y expandir la producción, no iba a parar a los mercados de la periferia, sino a los del centro en los que confluía toda la riqueza creada.

Los únicos beneficios que volvían a las colonias, en forma de inversiones o de capital, estaban en función del mantenimiento del control de los países dominados, y se sustanciaban en créditos. De este modo la periferia se mantenía en una situación de inferioridad financiera respecto al centro porque estaba endeudada.¹⁷

¿Nos recuerda esto algo?

TRAGEDIA GRIEGA

Pero volvamos al presente. ¿Es posible que una simple moneda reproduzca en clave moderna y en nuestra propia casa las injusticias y la explotación colonial? Preguntémoslo a los griegos.

«En 1981, fecha de su ingreso en la UE, Grecia tenía un superávit de la balanza, contaba con una industria manufacturera, una gran industria naval, el sector minero aportaba el 5 % del PIB y, naturalmente, existía una boyante agricultura y un discreto turismo», dice Yannis Halikias, profesor de Economía aplicada de la Universidad de Atenas y asesor de la Asociación Panhelénica de Exportadores.¹⁸

«A principios de los años ochenta, Grecia tenía una modesta deuda pública, equivalente al 28 % del PIB; a continuación comenzó a aumentar desmesuradamente», afirma Antonis Antonakos, economista y profesor emérito de la Universidad de Atenas. «A medida que la economía fuerte del norte ponía fuera de juego a la producción nacional, el Estado absorbía los parados hasta el extremo de que al cabo de dos décadas era el mayor empleador del país.» Los datos del Banco Mundial muestran esta tendencia, con un empleo en el sector industrial que disminuye del 29 % de la fuerza de trabajo en 1981 al 19,2 % en 2010, mientras que la aportación de la industria al PIB caía, en paralelo, del 30,5 % en 1981 al 18,1 % en 2010.¹⁹ «El endeudamiento se convertía en instrumento para obtener consenso: si me votas te garantizo un empleo público; esa es la lógica de los políticos.»

Por tanto, es correcto en parte atribuir la subordinación de la periferia al centro de Eurolandia simplemente a la llegada prematura del euro, porque tampoco la unión económica que la precedió actuó a favor de la convergencia. La alta competitividad de los países del norte ha asfixiado las industrias de la periferia, y la generosa financiación dispensada por Bruselas permitió a la clase política «deslocalizar» la fuerza de trabajo de sectores productivos al sector servicios. Y por eso la Unión reconfigura la economía griega con arreglo a las líneas de demarcación trazadas por el consumo y la deuda, más que por la producción y la acumulación.

En vez de fomentar la empresa privada y el libre mercado, e incentivar la producción, como deseaban los padres fundadores, Europa ha

logrado en Grecia precisamente lo contrario. Se ha convertido en promotora de una competencia desleal, entregando a los políticos griegos un poderoso instrumento para corromper al electorado; un proceso que a largo plazo ha empobrecido la economía del país. «En 2009, al estallar la crisis, se vio que en Grecia muchos de los sectores productivos habían desaparecido, y que el 80 % del PIB provenía del consumo, es decir, del turismo y de los fondos estructurales comunitarios. La economía del sector servicios daba de comer al 70 % de la población activa, a gente que en los años ochenta trabajaba en fábricas, en la industria naval y en la minería. Pero no solo eso: la exportación apenas representaba el 10,3 % del Producto Interior Bruto», añade Yannis Halikias.

La economía griega ha salido adelante durante años porque el 10 % del PIB provenía de ayudas financieras comunitarias, y, cuando en el año 2009, estas dejaron de fluir, el castillo de naipes se vino abajo y los griegos volvieron a ser pobres, y mucho más que veinte años atrás.

¿Quién es el responsable? Desde luego, no lo son exclusivamente las economías del norte ni los burócratas europeos. En realidad, los políticos griegos habrían debido ser quienes defendieran los intereses de su propio país y de sus compatriotas, y no los alemanes ni los holandeses. Pero los políticos —y no solo los griegos— deseaban echar mano a la lluvia de ayudas financieras a que les daba derecho el ingreso en la Europa unida, aparte de que el euro garantizaba dinero —hoy lo sabemos— con el que compraron votos para ser reelegidos. Así que, también la población ha contribuido, en cierto modo, a la tragedia, dejándose corromper y eligiendo a representantes más expertos en el arte del chanchullo que en el del buen gobierno.

EL SAQUEO DE EUROLANDIA

En junio de 2012, durante una conferencia internacional sobre materias primas, un exportador griego de productos químicos calificaba a Alemania de enemigo ancestral. Tras describir episodios espeluznantes de la ocupación nazi, concluía: «No nos han acabado de pagar las

compensaciones de la Segunda Guerra Mundial y ahora nos exigen un dinero que no tenemos». Está claro el sentido de estas manifestaciones: los griegos somos doblemente víctimas del poder teutón del Norte de Europa.

Es una versión simplista de los hechos y, en consecuencia, atractiva, pero no es cierta.

Es arriesgado y erróneo describir las relaciones que se dan entre el centro y la periferia de Eurolandia exclusivamente en términos de relaciones de fuerza, con tintes blancos y negros. Como erróneo es creer que esas relaciones las establecieron los países ricos, y es equivocado trazar un paralelismo entre una guerra de agresión y los avatares de la unión monetaria. La cuestión es mucho más compleja. Pero sí es cierto que las economías débiles y el capitalismo poco industrializado de los países mediterráneos han acabado siendo instrumentales en la consolidación de las economías fuertes de Europa, y sobre todo de la alemana. Y esta dependencia se ha desarrollado según la pauta típica del capitalismo.

En 1992 Berlín se aprovechó de Europa para pagar el increíble esfuerzo de unificación y hoy la utiliza para recapitalizar sus propios bancos y prepararlos para una eventual implosión del euro con un tipo de interés próximo a cero. Así ha sido gracias a que se crearon las condiciones ideales para explotar a la Unión como fondo de inversiones para la reunificación, condiciones impuestas por los que en su momento eran los gigantes de Europa: Francia y Gran Bretaña. Naturalmente, nadie de la clase política del continente habría podido imaginar el escenario actual. En la euforia del final de la Guerra Fría, Francia y Gran Bretaña se sentían invencibles, y ningún economista tuvo el valor de desafiar esas ínfulas de grandeza con datos estadísticos en mano ni sumando la fantástica máquina industrial alemana.

Alemania no ha impuesto nada a Europa, pero su economía era ya hace veinte años la estrella polar de la Unión y ejercía gran poder sobre los otros países. En 1992, se decidió equiparar el marco de Alemania del Este al de Alemania occidental, lo cual le vino muy bien a Berlín, que se encontraba al borde de una terrible inflación. Entonces el Bundesbank elevó los tipos de interés muy por encima de los del resto del continente, y desde el momento en que los capitales se fueron donde

había intereses más altos, gran parte de la liquidez del mercado europeo de capitales voló rápidamente hacia Alemania —donde se emplearon para la reunificación— mientras otros países se quedaban con las migajas. Entre ellos estaba Italia, que no logró refinanciar la deuda, un fenómeno que, como veremos, inició la crisis de la lira con sucesivas devaluaciones.

Hoy nos encontramos ante una situación análoga. Desde el hundimiento de Lehman Brothers en septiembre de 2008 hasta finales de 2011, el sistema bancario alemán atrajo desde el extranjero, es decir, desde Eurolandia, 1,441 billones de euros con los que compensó las pérdidas imprevistas y trató de ponerse a resguardo de otras pérdidas futuras. Hablamos de un importe igual al del superávit acumulado en la balanza de pagos alemana en 2002. Este proceso de drenaje monetario en dirección a Alemania ha aumentado en 2012, en cuando el miedo a una implosión del euro impulsó a ahorradores e inversores a adquirir obligaciones alemanas. En junio de 2012 las emisiones del Bundesbank bajaban a interés cero; mientras en la periferia del continente hay falta de liquidez, el centro está a rebosar. Un empresario de Berlín que a mediados de 2012 quisiera pedir un préstamo de un millón de euros pagaba un interés del 4 %, mucho más bajo que el 6,5 o 7 % que por el mismo importe pagaría un empresario de Roma, al cual, además, le habría costado encontrar un banco dispuesto a concederle un crédito.

Por tanto, si la reunificación de Alemania costó cara a los ciudadanos, ya que el Bundesbank pagó tipos altos de interés sobre las obligaciones, hoy las pérdidas de los bancos alemanes vinculadas a la crisis de la deuda soberana se cubren con títulos de interés cero gracias al temor de una posible quiebra europea, y las empresas radicadas en Alemania obtienen un notable descuento en el crédito respecto a las ubicadas en la periferia.²⁰ Todo esto ocurre porque la economía alemana es el motor, la locomotora del continente, y gracias sobre todo a la moneda común. Pero ningún político europeo, ni hoy ni ayer, está dispuesto a reconocerlo. El poder económico de ese país, la superioridad de su industria es, junto con el euro, unos de los tabúes más firmes e indisputables del debate sobre el destino de la Unión.

Es un hecho que tras la caída del muro de Berlín Europa se ha con-

vertido para Alemania en una especie de reserva de caza financiera. Y ello se debe a que el libre mercado y la competencia perfecta no existen entre economías tan dispares como lo eran y lo son las europeas. En el mundo real de los intercambios internacionales las economías fuertes acaban siempre aplastando a las débiles: es la ley de la selva financiera. Y a juzgar por lo que está sucediendo, el código sigue vigente en Euro-landia.

El fallo de la Unión es no haber previsto y legislado mecanismos de reequilibrio frente a la ventaja financiera de los países más fuertes; esos mecanismos deberían haber sido los cimientos de una auténtica Unión Europea basada en principios de cohesión y colaboración solidarios.²¹ Pero los ciudadanos no están al corriente y se les ha vendido una imagen falsa, ideológica e idílica. Desde Thatcher hasta Sarkozy o a Mario Monti, políticos, tecnócratas y burócratas se valen inteligentemente de los medios para proyectar una visión de la realidad internacional repleta de apariencias positivas, y lamentablemente trufada de falsedades. No obstante, comienza a divulgarse parte de la verdad y empieza a verse que ya en la época de la caída del muro de Berlín la industria de los países de la periferia estaba en clara decadencia, mientras que la alemana estaba a punto de iniciar su segundo y espectacular florecimiento.

Solo a partir de entonces, al cabo de tres años de contracción económica, se fue abriendo paso poco a poco en la mente de los habitantes de la periferia la idea de ser víctimas de una nueva colonización. Nos lo confirma la crisis general de identidad que recurre a antiguos esquemas y despierta hostilidades sepultas en la historia.

Es cierto que, a pesar del resurgimiento de imágenes terroríficas como la de la Alemania nazi, hoy todos saben que en esta guerra no hay buenos ni malos. Y eso es lo más terrible. El canibalismo económico que hemos descrito tiene lugar en el interior del «eje del bien», dentro de una institución que se ha servido de la integración económica y monetaria para poner fin a las guerras fratricidas europeas en el corazón del capitalismo occidental. El hecho de haber puesto en marcha este experimento, y que haya fracasado, dice mucho a propósito del cambio de las condiciones económicas en la aldea global.

Si el capitalismo occidental, en la época poscolonial, para crecer y competir con el dragón asiático y los mercados emergentes tiene que sojuzgar a su propia periferia, si la clase política para conservar el poder está dispuesta a aceptar esta carnicería, es que el sistema con el que hemos convivido trescientos años se encamina a su ocaso.

Capítulo 3

FIN DE TRAYECTO DEL CAPITALISMO OCCIDENTAL

Los occidentales somos arrogantes desde hace milenios, y por ello sobrevaloramos los factores que en los últimos tres siglos han permitido a nuestro capitalismo mangonear en todo el planeta, entre los que destacan el colonialismo y la supremacía militar. Pero resulta cada vez más difícil huir de la realidad. Las bases sobre las que hemos construido la hegemonía económica ya no se sostienen. No querer reconocer este cambio histórico demuestra una testarudez presuntuosa que podría costarnos cara.

Imágenes de un futuro de pobreza y profunda desigualdad han comenzado a aparecer en las páginas de las novelas occidentales para adultos jóvenes, como en la muy acertada serie *Los juegos del hambre*. Mientras los jubilados ancianos europeos se quitan la vida, los jóvenes deben aprender a sobrevivir en un mundo nuevo, decididamente más hostil —aunque en otros aspectos— al que hemos conocido en las últimas décadas. Los primeros que acabarán en las trincheras económicas de la recesión son ellos, nuestros hijos y nietos, y el éxito que han tributado a *Los juegos del hambre* es sintomático de un malestar creciente que cunde entre las nuevas generaciones, un ansia ante el futuro que acorta la infancia y arruina la juventud a semejanza de lo que sucede en las guerras.

No muchos años atrás habríamos jurado que sufrimientos e injusticias de tal alcance eran ajenos a nuestro sistema. Occidente, gracias al capitalismo, vivía al otro lado del muro de la explotación, pero el fenómeno del canibalismo económico ligado al nacimiento del euro parece confirmar que también en la época posmoderna el capitalismo, para prosperar, sigue necesitando delinquir y ejercer la violencia.

Examinemos algunas de las etapas relevantes y más cruentas de nuestro «glorioso» pasado para entender la relación entre crecimiento

económico y saqueo. Esto nos ayudará a entender qué sucede actualmente en nuestra propia casa.

TODOS SOMOS HIJOS DE LOS MERCADERES DE ESCLAVOS

En los albores del capitalismo, quien podía permitírselo se dedicaba a la empresa colonizadora: mercaderes, aseguradoras y bancos. Sin embargo, gracias no solo al dinero, sino a las armas de fuego, se hizo realidad el sueño del hombre blanco de la colonización total. El alma del colonialismo es la política del navío de guerra, la *gunboat policy* o política de las cañoneras, secundada por la diplomacia del cañón. Y como la guerra no es un asunto privado sino violencia de Estado, el uso de la fuerza para conquistar mercados lejanos y apoderarse de recursos valiosos sancionó la alianza estratégica entre los Gobiernos y el incipiente capitalismo industrial de Occidente.

La supremacía militar fue el escoplo con el que se labró la inicua división internacional del trabajo —con ventaja para el centro y en detrimento de la periferia— en una economía que el colonialismo está globalizando. Nos lo recuerda George Bernard Shaw:

Ciertamente, al hombre inglés no le falta una actitud moral particularmente eficaz. Como gran paladín de la libertad y de la independencia nacional, conquista y se anexiona medio mundo y lo llama colonización. Cuando le interesa un nuevo mercado para sus mercancías adulteradas de Mánchester, envía un misionero que predique a los indígenas el Evangelio y la paz. Estos matan al misionero y él [el inglés] inicia una campaña armada en defensa del Cristianismo, en nombre del cual combate y conquista. Y se queda con el mercado como recompensa celeste.¹

El tráfico de esclavos, iniciado en el siglo xvi, es el primer ejemplo real de saqueo de materias primas coloniales, y el más cruel. Fue la tragedia humana que realmente sentó las bases de la Revolución industrial. Faltan aún dos siglos para que a mediados del xvii la invención de la *spinning Jenny* y de la nueva maquinaria permitan la puesta en marcha de la industrialización propiamente dicha. Pero esta explotación del capital humano pone de relieve antes que nada las grandes ventajas que se

obtienen apoderándose de los recursos de la periferia gracias a la supremacía de las armas; en este caso no se trata de materias primas, sino de hombres y mujeres secuestrados en su tierra. El enfrentamiento de las potencias europeas en África obedece al ansia de controlar este precioso recurso humano, del que se apropian mediante el robo y la violencia.²

Pocos saben que muchas grandes empresas occidentales deben su riqueza inicial al comercio de esclavos. Es el caso de Lloyds, la gran empresa británica de seguros, del banco Barclays o de Works & Cie., que se convirtió en la compañía financiera más poderosa de África y Asia, gracias igualmente a su aplastante presencia en Madagascar y a la participación en el comercio en el océano Índico.

La abolición de la esclavitud a mediados del siglo XIX puso fin a la bicoca del tráfico de seres humanos y obligó a las instituciones y empresas que se habían enriquecido con ello a reconvertirse y a operar en otros sectores emergentes, como el comercio de materias primas. Por ejemplo, el puerto de Liverpool, uno de los mayores centros de clasificación de esclavos, fue uno de los primeros en especializarse en la importación-exportación de productos alimentarios africanos, como aceite de palma y otros productos agrícolas exóticos. De esta manera, con el respaldo de los grandes distritos industriales de Mánchester y Cheshire, las empresas de importación-exportación de Liverpool llegaron en poco tiempo a controlar gran parte del comercio británico y europeo con África.³

Como hemos dicho, dentro del proceso de colonización, empresas e instituciones públicas occidentales se convirtieron en socios comerciales, hasta el punto de que no era fácil determinar quién detentaba el poder. Esta alianza se ha mantenido invariable, e incluso reforzada, hasta nuestros días, en que una singular uniformidad de perspectivas parece caracterizar las relaciones entre el gran capital y el Estado. En Italia, por ejemplo, la derogación del artículo 18 es, sin ninguna duda, un gesto de apoyo por parte del Gobierno técnico a las agonizantes grandes empresas nacionales. Con la salvedad de que hace dos siglos esta cooperación reforzaba Europa, mientras que hoy en día, como veremos, la debilita.

Corroborra la alianza entre Estado y gran capital el hecho de que la expansión colonial se produce precisamente a través de vanguardias comerciales. No fue la Corona inglesa la que colonizó la India, sino la

East Indian Company Ltd., y lo mismo puede decirse de la Dutch East Indian Company en Indonesia. Una vez abierto el mercado, el Estado interviene poniendo a disposición de las empresas su propia burocracia para la gestión de la colonia conforme a las reglas del hombre blanco y a su favor. A ello se suman igualmente factores culturales. En el centro urbano de Kuala Lumpur, por ejemplo, hay una hilera de construcciones estilo Tudor con vistas a unos céspedes tipo inglés donde los señores juegan al cricket y las señoras saborean el té bajo el tórrido sol tropical. Reproducir en las colonias usos y costumbres occidentales no es una simple función social ni sirve exclusivamente como ostentación de la superioridad «racial», sino que tiene su valor comercial. La colonia se convierte en un importante mercado primario de productos de alto valor añadido provenientes de las fábricas del viejo continente, un comercio que acaba reforzando más si cabe el capitalismo de la metrópoli.⁴ Es una clase de mercados inmensos y enormemente homogéneos desde el momento en que la cultura de los países colonizadores hace de nivelador sociocultural.

Antes de estallar la Primera Guerra Mundial el Imperio británico, con una población de 412 millones de habitantes —casi diez veces mayor que la actual del Reino Unido— era el mayor mercado del planeta.⁵ Aunque en teoría el Imperio funcionase según los principios del libre mercado, lo cierto es que desde el transporte hasta los bancos y las compañías de seguros estaban gestionados por empresas monopolísticas inglesas que gestionaban a su vez todo el comercio de bienes y servicios. También hoy en día el poder y la homogeneidad de los mercados primarios resultan fundamentales para la industria, como lo confirma el crecimiento exponencial de las exportaciones alemanas a Europa a raíz de la creación del euro; y también hoy las empresas de los países ricos gestionan la máquina comercial, económica y la monetaria,⁶ como veremos.

LA ÚLTIMA FRONTERA

A principios de 2012, poco antes de la aprobación de la PSI, y de la reducción del 75 % de la deuda griega generada por el sector privado, circulaba en Atenas un chiste que luego se difundió por todo el mundo:

Llega Angela Merkel al aeropuerto de Atenas para negociar la deuda griega y al pasar los controles, un funcionario de emigración le pregunta:

—¿Nacionalidad?

—Alemana —responde ella.

—¿Ocupación?

—No, solo voy a estar aquí unos días.

Es evidente que en toda la periferia se tiene la impresión de que Alemania se comporta ya como una potencia hegemónica, colonizadora. Un periódico griego publicó que las exigencias de Berlín equivalían a «una capitulación absoluta» por parte de Grecia.⁷

Hoy, de hecho, Alemania puede ejercer enormes poderes políticos fuera de sus fronteras. Basta con considerar el destino de Silvio Berlusconi. Si los alemanes no se hubiesen negado a salvar con su dinero las economías de la periferia, la presión de los mercados no habría aumentado hasta el extremo de obligar a dimitir al primer ministro italiano en otoño de 2011 y a practicar a Italia una política de austeridad como la actual. Sin el temor a una quiebra europea, la mayoría de los países miembros no habrían consentido delegar en Bruselas el control de sus balances y la imposición de sanciones a los que infringieran los acuerdos que con tanta insistencia pidió Berlín.⁸ Hoy en día, todos saben que quien mueve los hilos habla alemán y no francés.

Y es igualmente cierto que este proceso de «germanización» de las economías europeas ha sumido a la periferia de Eurolandia en un mundo irreal que recuerda la paradoja de *Comma 22*. Por un lado, los países que forman parte de ella necesitan una reforma fiscal para evitar la quiebra, y por otro, no pueden hacerla sin vender los bienes nacionales y hundirse en la pobreza.⁹ Pero, como ya hemos señalado, esta dependencia económica no es fruto de la política alemana. De hecho, en febrero de 2012 el *Süddeutsche Zeitung* sostenía que «Alemania se encuentra donde no ha querido estar desde 1945 y es el poder dominante en medio de Europa».

Entonces, ¿quién tiene la culpa?

¿Los Gobiernos de la periferia que durante diez años han dejado inflar la deuda sin preocuparse? ¿Alemania que gracias a la moneda única europea se ha convertido en el segundo exportador mundial?

¿Bruselas, esa máquina infernal de burocracia que nunca ha funcionado? En el fondo, ya en los años ochenta sabíamos que el peso de la economía alemana y de los países del norte era superior al del resto de los países menos ricos o menos dinámicos. Y eso, la Unión ni lo tuvo en cuenta ni ha tratado de contrarrestarlo.

Los actuales desequilibrios nacen de la debilidad de origen del capitalismo occidental y de quien debe controlarlo. La burocracia de Bruselas se ha hecho promotora, casi sin darse cuenta, de los intereses dominantes del sistema —los de Alemania— y ha actuado igual que una burocracia imperial, contribuyendo con ello a la penetración de mercados disponibles, que, en este caso, se hallaban dentro de las fronteras de la Unión. Por ello parece aún más pertinente el concepto de canibalismo que el de colonialismo.

Basta esta simple explicación para comprender que la crisis de la deuda soberana y sus derivaciones forman parte de una crisis más amplia del capitalismo occidental, cuyas fronteras se estrechan. En un mundo que ya no es colonizable y en el que la supremacía militar cuenta cada vez menos, instituciones modernas como la UE, que apoyan el sistema europeo, se convierten al mismo tiempo en depredadoras y víctimas de sí mismas. Un llamativo ejemplo de este fenómeno es la destrucción de la industria naval griega entre los años ochenta y noventa.

EL FINAL DEL IMPERIO NAVAL EUROPEO

Fue Margaret Thatcher la primera que cerró los grandes astilleros en Inglaterra, poniendo así fin a una tradición secular gracias a la cual surgió precisamente el Imperio británico. El modelo de Thatcher apuntaba a situar las finanzas en el centro de la economía. Y la Unión Europea la animó a ello, porque quería dismantelar todo lo relativo a la industria pesada, pese a que dicha industria hubiese sido el crisol de la joven Unión. Bruselas no se planteó en ningún momento competir con los gigantes asiáticos China, Corea y Japón, que, por el contrario, vieron en la industria naval una fuente de grandes ingresos futuros. Es una política que también forma parte de la visión futura de la Europa del norte, cuya economía debe dar un gran salto y concentrarse en

la producción de bienes de alto valor añadido que en ningún caso se obtienen con acerías y altos hornos, sino con laboratorios modernos. Solo Alemania permanece fiel al modelo clásico del capitalismo industrial que produce con el sudor de la frente de los trabajadores, pero no es esta la receta que ha prevalecido para Grecia, cuya industria jamás podrá dar un salto cualitativo.

El tiro de gracia llegó en 2002, tras el desastre del *Prestige*, un petrolero griego que estuvo a la deriva varios días frente a las costas de Galicia al no recibir autorización de entrada en ningún puerto español por temor a que se partiera y vertiera en sus aguas la valiosa y peligrosa carga. Bruselas no pudo intervenir porque no tenía competencias al respecto ni poder para ello.

El barco se partió en el mar con consecuencias mucho más graves y levantó un clamor general ante el desastre ecológico. Bruselas reaccionó imponiendo obligatoriamente a todos los barcos europeos el doble casco, una decisión que conlleva un enorme gasto; para cumplir con el nuevo reglamento, los armadores griegos, hoy todavía propietarios del 19 % de la flota mercante mundial, tuvieron que endeudarse enormemente. El Gobierno griego, condicionado por la normativa comunitaria que prohíbe la financiación estatal a la industria del acero y a la naval, se negó a ayudarlos. Y no es posible utilizar los fondos estructurales que obligatoriamente se destinan a zonas subdesarrolladas o a nuevos proyectos.

PAME, el sindicato de izquierda griego, sostuvo que ni siquiera los bancos griegos tenían capacidad para procurar a los armadores la liquidez necesaria para reconvertir los barcos. A pesar de que gran parte de la flota mercante europea es de bandera griega, los bancos del país nunca han sido particularmente proclives a conceder préstamos a la industria naval, un sector muy especializado que exige enormes capitales. Desde los años ochenta fueron otras instituciones de crédito extranjeras las que destacaron en este terreno, desarrollando instrumentos de crédito ad hoc ventajosos para la industria naval sin exigir en garantía bienes personales. Gran parte de estos bancos eran y son asiáticos.

«Los bancos griegos habrían podido organizarse en consorcio para tratar de convencer a los armadores de que no abandonasen el país, y

el Estado habría podido intervenir para facilitar su constitución. El Gobierno habría podido conceder desgravaciones fiscales, pero no lo hizo», afirma el portavoz de PAME. ¿Por qué?

En Grecia, tradicionalmente, no existe una buena relación entre el sector privado y el Estado. De hecho, Grecia es un país en el que apenas se ha estimulado la iniciativa privada, una situación que el ingreso en la Unión Europea habría debido mitigar si no cambiar del todo. Pero en Bruselas nadie insistió en ese sentido y nadie alzó un dedo para salvar a la industria naval griega. Para quien dirige desde una cabina de control a miles de kilómetros de distancia, es difícil sentir y entender realidades locales concretas. Y así, han sido los Gobiernos y los bancos de China, Japón y Corea del Sur, las nuevas superpotencias navales, quienes ofrecieron en condiciones ventajosas créditos a bajo interés a los armadores griegos, a condición de que los trabajos se efectuaran en sus respectivos astilleros. Fue así como la industria naval griega zarpó hacia el Sol Naciente y el fabuloso Oriente.

Ante esto se plantea por sí sola una pregunta: ¿por qué las grandes entidades europeas de crédito del norte, que cuentan con nada menos que el 50 % de la capacidad bancaria mundial, no disponían de los medios para financiar una de las industrias más importantes del continente, y por qué, por el contrario, se han especializado en la venta de la deuda y de los derivados de la periferia? Muy sencillo: dinero fácil. Eran operaciones que ofrecían ganancias rápidas en un mercado de poca competitividad, pues, dado que los tipos de interés disminuían, la deuda podía refinanciarse constantemente a tasas de interés más bajas para venderla a otros bancos. Además, los beneficios provenían de operaciones contables de riesgo cero —hasta el crac, naturalmente—, y al personal que gestionaba ese castillo de naipes le bastaba con saber hacer manipulaciones matemáticas (mientras que financiar la industria auténtica requiere mancharse las manos, ir a las fábricas, hablar con los trabajadores y los empresarios y conocer el sector).

La especialización de los bancos europeos de la moderna usura se llevó a cabo bajo la mirada benevolente de la burocracia de Bruselas, empeñada a su vez en financiar en la periferia —sepultada por aludes de cemento— la mayor burbuja inmobiliaria de la historia moderna. También esta actividad producía ganancias seguras y rápidas para el

capital financiero del norte de Europa. Hoy sabemos perfectamente para qué han servido durante estos últimos veinte años los fondos comunitarios y los fondos estructurales en la periferia de la Unión: no para ayudar a que industrias importantes dieran para vivir a centenares de miles de personas, sino para sostener aeropuertos incapaces de sobrevivir de forma autónoma —entre 1995 y 2008, la Comisión ha autorizado nada menos que 90 ayudas estatales destinadas a sostener 46 aeropuertos en 18 Estados miembros, por un total de más de 150 millones de euros,¹¹ y a fomentar la construcción de otros donde nunca había aterrizado nadie— como, por ejemplo, el aeropuerto de Comiso;¹² o, en el peor de los casos, a reestructurar o ampliar, si no a amueblar viviendas de uso privado mediante la apropiación indebida de fondos por parte de delincuentes, afortunadamente descubiertos.¹³

Estas extravagancias inmobiliarias han enriquecido a políticos locales y también a las empresas del norte de Europa que intervenían. Del norte llegaban el dinero, los camiones, los arquitectos y, al mismo tiempo, gran parte de los contratistas locales se beneficiaban de esas empresas del norte bien introducidas en los pasillos de Bruselas para obtener las contratas.

Para ver de primera mano el mal que nos causa el canibalismo económico y cuánto beneficia a quien no es su víctima, basta con mirar a la vecina Turquía, un país que a principios del siglo XXI llevó a cabo una fuerte devaluación de su moneda y no entró en la Europa unida porque esta no quiso admitirla. Al día siguiente de la introducción de la nueva legislación sobre el doble casco, Ankara financió con una serie de generosos subsidios la construcción en Turquía de astilleros para buques comerciales, y lo hizo a través de los bancos turcos. En la actualidad, Turquía es una potencia naval superior a Grecia con la cual, además, existe una enemistad visceral a causa de la «cuestión de Chipre».

Hoy en día, en ningún astillero naval se construye un superpetrolero de 50.000 toneladas —los grandes armadores griegos siguen encargándolo en Asia— y no quedan en activo más que tres astilleros. Uno es privado y solo fabrica yates; el segundo es de gestión alemana, precisamente, y allí se construye el submarino Thyssen que a continuación revenden al Gobierno griego como defensa contra «la amenaza turca»; el tercero cuenta exclusivamente con un muelle seco para reparaciones.

La pérdida neta para Atenas por la migración de la industria naval a Asia, y no solo eso, ha sido enorme. En 2011, los armadores griegos construyeron 654 barcos, y tan solo uno de ellos en Grecia, por un coste total de 11.000 millones de euros. Dinero gastado totalmente fuera de las fronteras de Grecia y de Eurolandia.

Actualmente, con los costes laborales cayendo en picado debido a la austeridad y al paro, esta industria no solo vendría muy bien, sino que sería competitiva respecto a la asiática.

En resumen: la crisis de la deuda soberana es fruto de un proceso de canibalización económica gestado en la Unión Europea, síntoma indiscutible del mal funcionamiento del modelo de capitalismo occidental. Hundidos los pilares de la globalización, el capitalismo europeo se ve obligado a «explotar en clave moderna» a su propia periferia. Se trata de un proceso de «colonización interna» que devora Estados miembros de la Unión, y que en sus implicaciones más trágicas lleva a sus ciudadanos a quitarse la vida en una especie de horripilante alegoría del suicidio general del sistema.

Antes, los grandes desequilibrios económicos como el actual, incluidos los derivados del endeudamiento excesivo, a semejanza de las colonizaciones, desembocaban en conflictos armados. Era la última válvula de seguridad del sistema. La guerra siempre ha cancelado la deuda a efectos de que el mecanismo de endeudamiento se reanudara. La terrible verdad es que no hay otra solución a la acumulación de la deuda, a menos que se descubra una nueva fuente de riqueza, como en el caso de Gran Bretaña que en el siglo XIX logró reducir el déficit acumulado durante la guerra contra Napoleón gracias al descubrimiento de nuevos yacimientos de oro en Sudáfrica y Australia. Pero, una vez agotadas las vetas metalíferas, la deuda creció de nuevo.

Esperar que con las políticas de austeridad o con ventas del patrimonio nacional italiano, español o griego se pueda cancelar una deuda que alcanza el 126 % del PIB, o cualquier otra deuda fuera de control, es una ilusión. Y como confirmación del aserto tenemos la triste historia de la deuda pública italiana.